

METRO IV. DEL LIBRO IV.

De qué sirve excitar los belicosos
 a rigores con furor tan impaciente?
 si la muerte buscáis, ya lentamente
 es la guija sus caballos presurosos:
 Si os persiguen contrarios tan dañosos,
 en el tigre, el león, el oso y la serpiente,
 ¿por qué vosotros, temeraria gente,
 os perseguís con armas mas furiosos?
 ¿Muévense acaso guerras tan injustas,
 porque son encontradas en sus modos,
 la nación Iberina y la del Galo?
 No son á tanta furia causas justas:
 si quieres pues portarte bien con todos,
 ama al bueno, y lastimate del malo.

PROSA V. DEL LIBRO IV.

Ya llego yo á conocer aquí, dixe, qué felicidad y qué miseria llevan consigo las virtudes de los buenos, y los delitos de los malos; pero tambien juzgo que hay en esta popular fortuna algo de mal y de bien, porque ninguno habrá de los entendidos que quiera mas vivir desterrado, pobre y abatido, que señalarse en su patria con la opulencia de las riquezas, y

con la estimacion de los cargos; porque en semejantes puestos se exâminan mejor los fondos de la capacidad, y exercitándose mas á la vista los aciertos, crece en algun modo la felicidad del gobernador, pues llegan los aplausos de su fama á tener lugar aun mas allá de los pueblos que le obedecen; mayormente quando es cierto que la cárcel, las leyes penales, y los demas castigos jurídicos se destinaron no mas de para los facinorosos; y así me admiro mucho de que se confundan y truequen estas cosas, oprimiendo á los buenos los suplicios de los malos, y levantándose los malos con el galardón de los buenos; y quisiera saber de ti cuál sea la causa de confusion tan injusta; porque no me hiciera tanta novedad, si pensara yo que se regia todo por los acasos de la fortuna, pero acrecienta mi pasmo el saber que es Dios quien lo gobierna todo; y pues su providencia reparte muchas veces felicidades á los buenos, y desgracias á los malos; y al contrario otras veces felicidades á los malos, y desgracias á los buenos, si no se descifra el misterio que en esto se encierra, ¿en qué se podrá distinguir del hado fortuito la sabia providencia? = No es maravilla que no teniendo comprehendido el orden de las

cosas parezcan muchas de ellas inconsideradas y confusas: pero aunque ignoras tú la causa de tan ocultas disposiciones, supuesto que el gobernador que rige el orbe es bueno, no dudes que está bien dispuesto todo.

METRO V. DEL LIBRO IV.

Quien no sabe que los frios
brillantes siete triones

tienen su rumbo preciso
cerca del Norte,

Se admirará de la extraña
disposicion de los orbes,
al ver que quando en su polo
cierra la noche,

Siendo en salir tan veloz,
en caminar es Bootes,
tan tardío, que sus luces
nunca se ponen;

Ver que eclipsada la luna,
quando mas lleno descoge
su esplendor, tan macilenta
se nos esconde;

T mirar que la obscurece
la tierra que se interpone,
haciendo que luzcan otros
astros menores,

Causa admiracion tan grande

á aquellos que desconocen
la causa de esto, y se guían
por sus errores,

Que juzgando que es la fuerza
de algun encanto, quien pone
á Diana entre las sombras
de estos horrores,

Porque no escuche el conjuro,
quieren confundir sus voces
con panderos y campanas,
y otros mil sonos.

Nadie se espanta de ver
que quando furiosos soplen
los vientos, la mar inquieta
brame y se enoje;

Ni de que la condensada
nube en agua se transforme,
quando Febo la derrite
con sus ardores;

Porque en semejantes cosas
facilmente se conocen
las causas de tan usadas
transformaciones;

Pero como allí se ocultan,
y el vulgo las desconoce,
se turba, porque imagina
que van sin orden.

Cese pues de la ignorancia
el confuso error, y entonces
cesarán tan mal fundadas
admiraciones.

PROSA VI. DEL LIBRO IV.

Así es verdad, dixe; pero pues es propia accion tuya descubrir las mas ocultas causas de las cosas, y descifrar las razones mas escondidas, ruégote que me saques de este pasmo que tanto me maravilla, disolviendo la duda que padezco. Ella entonces, sonriéndose un poco, metesme, dixo, en la materia mas ardua de quantas se disputan, cuya profundidad es casi inapeable; porque es de tal calidad que como otra hidra, de donde cortaremos una dificultad, brotarán muchas; ni habrá modo de extinguirlas, si no ataja su nacimiento el sutilísimo fuego del discurso; porque en esta materia se suele disputar de la simplicidad de la Providencia, del destino de los hados, de los casos repentinos, del conocimiento de Dios, de la predestinacion divina, y de la libertad del humano albedrío, quèstiones de tanto peso como puedes considerar: mas porque tambien es parte de tu remedio que entendas esto, aunque tenemos tan limitado el tiempo, procuraré declararte algo: y si te deleytan las cadencias de la poesía, y la

música; conviene que te prives por algun espacio del gusto de esta diversion, en tanto que yo vaya proponiendo por su orden las razones que se encadenan unas de otras. = Como tú gustares. = Entonces como empezando por otro diferente principio, dixo así: el origen primero de todas las cosas, todas las extensiones de la variedad de la naturaleza, y todo quanto por alguna manera es movable, debe sus causas, su orden y sus formas á la estabilidad de la mente divina; ésta, colocada en el alcazar de su simplicidad; distribuye el modo y la disposicion á quantas cosas han de obrarse; la qual disposicion, quando se considera en la pureza de la inteligencia divina, se llama providencia; pero quando se imagina en las mismas cosas, que dispone y gobierna, segun acostumbraron los antiguos, se llama hado; cosas que facilmente se verá son diversas, si alguno exâmina bien la esencia de cada una; porque la providencia es aquella divina disposicion que, colocada en el supremo príncipe de todas las cosas, lo gobierna todo; y el hado es aquella disposicion unida á las mismas cosas, por quien la providencia distribuye á cada una su destino; porque la providencia comprehende de una vez to-

das las cosas, por diversas y por infinitas que sean; pero el hado las divide repartiéndolas en el movimiento, en los lugares, en las formas, y en los tiempos; de manera que esta disposicion de las cosas temporales, unida á la esencia de la mente divina, es providencia; y esta misma unida, arrimada y repartida en tiempos diferentes se llama hado; cosas, que aunque son distintas, pende la una de la otra; porque el destino fatal procede de la simplicidad de la providencia; y así como un artifice concibe primero en su idea la forma de lo que quiere forjar, y despues lo va poniendo por obra, y va fabricando poco á poco, y parte por parte lo que en su imaginacion maquina de una vez, y todo junto, del mismo modo dispone Dios con la providencia indivisible y establemente todo lo que ha de suceder; pero con el hado divide en muchas maneras y tiempos esto mismo que dispone. Ahora pues se execute la fuerza de los hados por algunos espíritus divinos, ministros obedientes de la providencia, ó por la alma que está sujeta á ellos, ó porque toda la naturaleza se les rinde, ó por la influencia de las estrellas, ó por la mano de algun ángel, ó por la sagacidad de los infernales espíritus, ó

por alguna cosa de estas, ó por todas juntas; lo cierto es que la divina providencia es aquella inmoble y absoluta forma de quantas cosas han de obrarse, y que el hado es una disposicion temporal y movible de todo aquello que la divina providencia dispuso; de donde nace que todo lo que está sujeto al hado, esté sujeto á la providencia, á quien está sujeto tambien el hado mismo; y que muchas cosas, en que predomina la providencia, sobrepujan la ley de los hados, como son las que, cercanas á la divinidad suprema, fixas en un ser, exceden la inestabilidad del fatal destino; porque así como entre muchos círculos que tengan por centro un mismo punto, el que está en lo intimo de todos ellos se acerca mas á lo estable de su medio, y, respecto de los demas que le cercan, viene á ser como eje en quien estriban; y al contrario, el superior de todos, ocupando mas extendido espacio, tiene que girar tanto mayor ambito quanto está mas apartado de la estabilidad de su centro; y así como si á este centro se juntase y uniese alguna cosa, vendria á quedar inmoble, de la misma manera está expuesto á mayores vayvenes y vueltas del hado, lo que se aleja mas de la primera causa; y estará tan-

to mas exênta del hado qualquiera cosa, quanto estuviere mas vecina á aquel punto y centro de todas; y si llegare á unirse totalmente á la firmeza de la mente divina, se remontará, libre de todo movimiento, mas allá del destino de los hados. Es finalmente la varia inestabilidad del hado, respecto de la firme constancia de la providencia, lo que el discurso respecto del entendimiento, lo que el tiempo respecto de la eternidad, y lo que el círculo respecto del punto: este fatal orden impele el cielo y los astros; apacigua entre sí los elementos, y alternativamente los transforma de unos en otros; renueva todo lo que nace y muere así de plantas vegetativas, como de animales sensitivos, á estos, con la propagacion de sus partos, y á aquellas, con la fecundidad de sus simientes; ata tambien con indisoluble lazo las acciones y fortunas de los hombres; y pendiendo todas estas cosas de los inmóviles principios de la providencia, es forzoso que ellas tambien sean inmutables, porque el mas acertado gobierno de las cosas consiste en que, colocada en la divina mente su absoluta simplicidad, produzca la varia disposicion de tantas causas diferentes, y que el orden de la providencia refrene con su propia inmu-

tabilidad las cosas mudables, que, si las dexára correr libremente, vendrian á trocarse en temerarios sucesos; de donde nace que si bien á vosotros, que de ninguna manera llegais á comprehender lo concertado de esta opinion, os parece que anda todo confuso y revuelto, tienen sin embargo todas las cosas su ordenado modo que las dirige siempre hácia lo mejor; porque no hay cosa en el mundo que ni aun los mas iniquos hagan por solicitar el mal; sino que á estos, como habemos mostrado dilatadamente, los descamina su desdichado error quando van buscando el bien, sin que de ningun modo aquel orden superior, que descende del centro del sumo bien, haga desamparar á nadie su principio; pero ¿qué mas revuelta confusion; dirás, puede haber, que sucederles á los buenos ya lo adverso, ya lo próspero, y á los malos del mismo modo ya lo próspero, ya lo adverso? Pues qué, pregunto, ¿son por ventura tan infalibles los juicios de los hombres que es preciso que los que ellos imaginan que son buenos lo hayan de ser, y que sean malos los que á su placer lo son? Demas, que en esto vemos que se oponen los dictámenes de los hombres, pues juzgan unos por merecedores de premio á los que otros tie-

nen por dignos de castigo; pero demos caso que haya alguno que pueda discernir con certidumbre los buenos y los malos, ¿podrá por dicha éste reconocer aquella complexión extrinseca del animo? que de esta voy yo hablando como suele tratarse de la del cuerpo: no es semejante á esta la admiracion que ocasiona á quien ignora las causas, ver que en sana salud á unos les asienta lo dulce, á otros lo agrio; y que estando enfermos sanan algunos con medicamentos fáciles, y á otros les aprovechan los fuertes; pero de ninguna manera admira esto al médico que conoce el temperamento y las calidades de su salud, y su enfermedad. ¿Cuál otra es pues la salud de los animos que las virtudes? ¿y cuál la dolencia sino los vicios? ¿y quién otro el que conserva los bienes y auenta los males que el gobernador y médico de la mente humana Dios? quien desde lo sublime de su sabiduría y providencia conoce lo que se ajusta con la complexión de cada uno, y le aplica lo que vé que le conviene. Y de aquí procede aquella pasmosa admiracion que infunden los fatales destinos, que obrándolos quien los entiende, maravillan á quien los ignora. Y para concluir brevemente lo poco que el discurso hu-

mano puede sondar de la profundidad divina, ten por cierto que este que á tu parecer es tan justo, y tan perfecto á los ojos de la divina providencia, que lo registran todo, es muy diferente; y como dixo nuestro Lucano, describiendo la guerra de Pompeyo y Julio César, agradó mas á los Dioses la causa del vencedor, y á Catón la del vencido. Quanto vieres pues que sucede al contrario de lo que se esperaba, sábete que en los sucesos mismos es disposicion acertada, aunque en tu opinion sea confusion injusta. Pero supongamos que hay alguno de virtud tan cabal que se conformen en confesarlo así juntos el divino y los humanos juicios: quizá son tan débiles las fuerzas del animo de éste, que si le oprimiera alguna adversidad, titubearia en la virtud, juzgando que ella habia sido la causa de perder él su próspera fortuna: muéstrase pues favorable la providencia divina con aquel á quien pudiera malear la tribulacion, y no permite que trabaje quien no es á propósito para los trabajos. Hay otro tan lleno de virtudes, tan perfecto en santidad, y tan amigo de Dios, que tiene la providencia por injusto que le inquiete adversidad alguna, en tanto grado, que aun no da licencia para que lle-

guen á él ni las dolencias corporales; porque, como dice un aventajado filósofo, *las virtudes formaron el cuerpo del varon sagrado*; sucede tambien muchas veces que los gobiernos y cargos se encomiendan á los virtuosos, para que repriman las licenciosas maldades de los iniquos; á otros, siendo buenos, les repárte mezclado lo feliz con lo adverso, conforme la calidad de sus animos: refrena á algunos con la infelicidad, porque no corran á rienda suelta por los deleytes de la próspera fortuna; permite que á otros acosen las desdichas, para que teniendo en que exercitarse la paciencia, queden mas confirmadas las virtudes del animo: unos hay que temen mas que debieran lo que con facilidad pueden resistir; y otros que desprecian con altivez lo que no pueden tolerar: á todos estos pues les exâminan las fuerzas las adversidades, para que con la experiencia cada uno reconozca hasta donde llegan sus brios. Muchos compraron á costa de una muerte nombre glorioso celebrado de su posteridad, y muchos, inexpugnables al rigor de los tormentos, fueron exemplar al mundo de que á la mas cruel batería de dolores es invencible la virtud, de cuyos lances no es dudable con qué buen orden y dispo-

sicion se gobiernan, encaminándose siempre á la utilidad de los sugetos á quien suceden. Por las mismas causas tambien tienen los malos ya desdichados, ya felices sucesos; pero de los desdichados nadie se admira, porque todos juzgan que merecen justamente aquella desdicha, y que son castigos que Dios envia, para que aquellos á quienes alcanza el golpe se enmienden, y los otros á quienes avisa el exemplo se atemorizen. Mas de los prósperos sacan la cuenta los virtuosos de la poca estimacion que se debe hacer de aquella felicidad que tantas veces se franquea á los iniquos; lo qual, aunque no parece conforme á equidad, creo que se dispensa así, porque debe de ser tan importuno y precipitado el natural de muchos, que podria obstinarlo mas en sus maldades la sofrenada de la pobreza. Acude pues la providencia al alivio de la enfermedad de estos, concediéndoles opulentas haciendas: á uno considerando lo dañado de su conciencia, y lo próspero de su fortuna, le sobresaltará el rezelo de que todas sus posesiones alegres pueden caer en el vagio de una pérdida triste, y mudará de vida con este medio, desviándose él de sus vicios, porque su fortuna no se desvie de él: despeñará á otros,

en merecidas ruinas, de la felicidad que sin méritos acrecentaron: permíteseles á otros la jurisdicción criminal para que sean causa de exercitar la paciencia de los buenos, y castigar la malicia de los malos; porque así como no se conforman los justos y los injustos unos con otros, tampoco pueden avenirse los injustos entre sí mismos, ¿qué mucho si se oponen cada uno de ellos á todos los demas en tan diversos vicios, y si tantas veces hacen cosas que en acabándolas de hacer conocen que no habian de haberlas hecho? De que se valió muchas veces aquella soberana providencia para el estupendo milagro de que los malos hagan á los malos buenos; porque conociendo alguno las vexaciones que otros hombres perversos les hacen con el odio que de sus injurias conciben, se acogen solícitos al sagrado de la virtud, por no asimilarse en nada á los que tanto aborrecen; que solamente la divina disposicion sabe hacer que resulte bien del mal; porque usando de los males como se debe, saca siempre el efecto de algun bien; que el orden universal lo comprehende todo de suerte, que qualquiera cosa que sale de su señalado destino viene á caer en el dominio de otro, porque no tenga poder

alguno lo casual en el reyno de la providencia; pero háceseme muy dificultoso explicar con razones el modo con que lo gobierna todo Dios, porque no es concedido al hombre describir con palabras, ni comprehender con discursos todas las portentosas máquinas de las divinas obras. Contentémonos pues con haber entendido que aquel soberano autor de la naturaleza dispone todas las cosas encaminándolas al bien; y que como gusta de conservar en su propia semejanza todo lo que crió, destierra de los términos de su república todo lo malo con el destino inviolable de su fatal orden; de modo que aunque el sentimiento comun se queja de que hay tantos males en el mundo, si se atiende á la providencia superior, se conocerá que no hay mal alguno. Pero ya veo que fatigado con el peso de la materia, y la prolixidad de la plática deseas la diversion de alguna poesía. Oyela pues, para que descansando un poco, prosigas con mas aliento en lo que resta.

METRO VI, DEL LIBRO IV.

*Si quieres ver con claridad el modo
con que lo rige todo, y lo gobierna
la providencia eterna, mira atento*

en ese firmamento las estrellas,
 que allí en sus luces bellas la paz dura,
 y en concordia segura siempre vive:
 nunca Apolo prohíbe, aunque abrasado,
 aquel influxo helado de Diana;
 ni por tarde ó mañana la Osa fria,
 que nunca se desvía del belado
 norte, tiene cuidado, ni deseo
 de dar mayor rodeo por bañarse
 donde mira ocultarse otras estrellas:
 con siempre iguales huellas pronostica
 las sombras que publica el cristalino
 lucero vespertino; y restituye
 el del alba quando huye ya la noche,
 del relumbrante coche del sol claro:
 así aquel amor raro, que en la esencia
 de la alta providencia siempre habita,
 esta union exercita eternamente,
 y obliga que se ausente del distrito
 superior infinito la discordia:
 esta santa concordia los violentos
 opuestos elementos en paz pone,
 y prouida dispone que aplacadas
 sus furias encontradas, el mas frio
 ceda tal vez su brio al mas ardiente:
 y tal el mas caliente al más helado;
 que el incendio exhalado quando crece
 la llama, se enderece á lo sublime,
 y que el peso que oprime con su ultrage
 á la tierra, la baxe á lo profundo;

por esta causa al mundo nos conduce,
 las flores que produce la amorosa
 primavera olorosa, y el estío
 con el ardiente brio de sus meses
 las amarillas mieses nos sazona;
 despues fertil Pomona remanece,
 y las frutas ofrece que fecunda;
 luego en lluvias se inunda el torpe in-
 vierno;

á este vario gobierno sin segundo
 quanto vive en el mundo su ser debe,
 y este mismo es quien mueve quanto vive,
 al fin que le apercibe con la muerte,
 con cuyo golpe fuerte lo sepulta,
 y del hado lo oculta lo violento:
 desde su inmenso asiento mira en tanto
 el gobernador santo quanto pasa;
 él da licencia, y tasa la licencia
 con alta providencia á los sucesos,
 que tacitos y expresos de él se rigen,
 como Rey, dueño, origen, señor, fuente,
 ley, y árbitro prudente de lo justo,
 y con freno robusto pasar suele
 quantas cosas impele el movimiento,
 y hace tener asiento á lo mudable;
 porque si su admirable y siempre rara
 ciencia no renovára los progresos,
 dieran fin los sucesos de todo ente,
 que ahora firmemente persevera;
 por este amor espera conservarse

todo, y encaminarse al fin perfecto; que no puede en efecto lo criado gozar durable estado, si aquel fino, supremo amor divino, cuyo afecto dió á todos ser perfecto, no volviera, y de sus causas reflexion hiciera.

PROSA VII. DEL LIBRO IV.

No comprendes pues ya lo que se viene á inferir de todo lo dicho? = ¿Qué? = Que qualquiera suerte es feliz. = ¿Cómo puede ser eso? = Como qualquiera fortuna, favorable ó contraria, sirve, ya para galardón ó exercicio de los buenos, ya para castigo ó enmienda de los malos, y no puede dexar de ser buena, supuesto que es justificada ó provechosa. = Eficaz y verdaderísima razón y sentencia fundada en tan firmes cimientos que prometen seguridad en qualquiera materia que discurremos, sea del hado, ó sea de la providencia; y así contémosla, si te parece, entre las que poco ha decidiste por indubitables. = ¿A qué fin? = Porque es comun muy usado estilo entre los hombres decir que les corre á algunos mala fortuna. = ¿Quieres pues que nos acerquemos un poco al estilo vulgar, por-

que no parezca que nos remontamos mas allá de los humanos límites? = Como gustares. = Dime pues, ¿pones tú duda en que lo que aprovecha es bueno? = No lo dudo. = Y la fortuna que exercita ó corrige, ¿no aprovecha? = Yo lo confieso. = ¿Luego es buena? = Es evidente. = Pues esta es la fortuna de aquellos que empeñados en la virtud ofrecen campo de batalla á las adversidades; ó la de aquellos, que huyendo del camino de los vicios, siguen el de la virtud. = No puedo negarlo. = Pues qué, ¿juzga acaso el vulgo que la fortuna, que se ofrece favorable por premiar á los buenos, es mala? = De ningun modo, sino que antes bien la tiene, como es justo, en concepto de la mejor. = Y la otra, que mostrándose rigurosa apremia con justos castigos á los malos, ¿júzgalá por buena la voz popular? = No, sino por la peor de quantas pueden suceder. = Pues guarda no sea que siguiendo las opiniones del vulgo vengamos á inferir alguna consecuencia contraria á su opinion. = ¿Cómo? = Como de lo que está concedido se colige que qualquiera fortuna de los que estan en la perfeccion, en el aumento, ó en los principios de la virtud, es feliz; y que

para los que viven entregados á sus vicios qualquiera suerte es desdichada. = Así es verdad ; aunque nadie se atreva á confesarlo. = Y así como no seria bien que un soldado valeroso maldixese la guerra al escuchar el payoroso estruendo del embestir , tampoco es justo que un varon sabio pierda el sufrimiento quando contraria la fortuna le toque á la arma ; porque la misma apretura del lance les sirve á entrambos de materia , á aquel para extender su gloria , y á éste para confirmar su sabiduría ; que esté que sabe atropellar las dificultades del vencer es el verdadero esfuerzo , y se llama así porque valiéndose de sus fuerzas no mas ; nunca se rinde á las que se le oponen ; porque mientras andáis peregrinando en el camino de la virtud , no habeis de entregar el animo á las lisonjas del deleyte , ni á las caricias de los gustos ; sino mantener sangrienta y rigurosísima contienda contra toda la enemistad de la fortuna. Ocupad pues constantemente una discreta medianía entre la favorable y la contraria ; para que ni ésta os amilane, ni aquella os ensoberbezca ; que en vuestra mano está el formaros la fortuna que gustáreis, porque la que parece mas

adversa , si se tolera con magnanimidad, perfecciona la virtud , exercitando el sufrimiento , ó sirve de correccion avisando algun descuido ; mas si se recibe con impaciencia , viene á ser azote que castiga la obstinacion.

METRO VII. DEL LIBRO IV.

*Por vengarse de una afrenta,
dexando á Troya abrasada,
el constante hijo de Atreo
dos lustros vibró las armas:*

*Agamenon, deponiendo
el paterno amor, derrama
la roxa caliente sangre
de la cándida garganta*

*De su hija, y la sacrifica
por aplacar á Diana,
que á tanta costa dió viento
propicio á la Griega armada:*

*Lloró tiernamente Ulises
la grande sensible falta
de los soldados, que el fiero
Polifemo sepultaba*

*En su inmenso voraz vientre;
pero con industria sabia
trocó despues los lamentos
en gustos, con la venganza*

De haberle eclipsado astuto

la espantosa luminaria:

Hércules á sus trabajos

les debe toda su fama:

El fué quien á los Centauros

les castigó la arrogancia:

despojó al leon Neméo

de la piel que le adornaba:

De sus flechas las Harpías

fueron blanco, y luego aljaba:

robó las manzanas de oro

al dragon su fiera guarda.

Amedrentó al Cancerbero,

y le sacó aprisionadas,

con tres robustas cadenas

las tres voraces gargantas:

A los crueles caballos,

criados con carne humana,

les echó su impío dueño

para que lo devoráran:

Pereció la hidra, abrasado

su veneno: entre sus aguas

se ocultó Acheloo, viendo

vencidas todas sus trazas:

Sobre la arena de Libia

á Anteo postró: aplacada

dexó con su muerte Caco

del Rey Evandro la saña.

Con su espuma el javalf

manchó los hombros, que estaban

aguardando á ser columnas

de esa máquina estrellada:

Fué la postrera experiencia

de su valor, la constancia

con que su cuello inflexible

á Atlante alivió la carga:

Segunda vez mereció

el cielo por esta bazaña,

que antes se le dió por peño,

y despues por justa paga.

Seguid pues, ó valerosos

hombres, las nobles pisadas

de los varones ilustres,

que con su exemplar os llaman.

¿Por qué en ese ocio cobardes

temeis tanto las batallas:

si vencida la vil tierra,

el alto cielo se alcanza?

LIBRO QUINTO.

PROSA PRIMERA.

Acabó de decir esto, y ya encaminaba el hilo de su oracion á tratar de otras cosas diferentes; mas yo interrumpiéndola entonces; recta, dixé, y muy digna exhortacion de tanta autoridad como la tuya: pero ya toco con las manos, y conozco por la experiencia lo que poco ha dixiste, que la question, acerca de la providencia, venia eslabonada